

muy mal hecho porque ella era protegida por la popularidad de su marido, mientras el duque de Nemours, á quien se proponia como regente, era impopular y aun con los hombres mas apegados á la dinastía de la rama segunda.

El proyecto fué presentado, como acabamos de decir, el 9 de Agosto: el 16, M. Dupin, leyó su informe, y el 18 comenzó la discusion.

La ley fué consagrada por trescientas diez bolas blancas contra noventa y cuatro negras.

En la discusion, M. Lamartine habia pasado de los conservadores progresistas á los rangos de oposicion.

El año de 1842, año fatal que se habia inaugurado con un proceso de ultrage á la moral pública, se cerró con un proceso de corrupcion.

Por lo demas, él arrastró á la tumba un buen número de nombres famosos. Diríase que era preciso al príncipe real, descender á la mansion de la muerte con un cortejo digno de sí.

Alejandro Duval, Jouffroy, Cherubini, madama Lebrun Aguado, el mariscal Moncey, el mariscal Clausel, Dumont-Durville, el conde de Las Casas y Simonde-Lismondi, murieron en el curso de este desgraciado año.

Despues de los acontecimientos del género del que acabamos de citar, es propio de un pais el encontrarse en la situacion de un hombre que, herido de un golpe mortal, entre en convalescencia.

Esta convalescencia de la Francia fué respetada por todo el mundo.

Diríase que la cámara habia concluido su obra con la votacion de la ley sobre regencia, y que, una vez votada, no tenia ya que ocuparse sino de cuestiones secundarias.

Pero no; he aquí en lo que se ocupó en el año de 1843. En algunas interpelaciones sobre la cautividad de D. Carlos, en una ley relativa á la organizacion del consejo del Estado, en discusiones sobre la policia de transporte, sobre

la notaría, sobre el aumento de efectivo en la gendarmería, sobre la reacuñacion de moneda, sobre la policia de teatros, sobre la policia de caza, sobre los bosques comunales, sobre las tarifas de los comisarios-tazadores, sobre el préstamo griego, sobre los créditos suplementarios y sobre los presupuestos.

Dos miembros de la familia real se casaron.

El 20 de Abril, la princesa Clementina, se casó con el príncipe Augusto de Saxe-Cobourg, y el 7 de Mayo el príncipe de Joinville se casó con doña Francisca.

Mientras esto pasa, el duque de Burdeos, por su parte, viaja por Inglaterra.

La oposicion que se hubiera podido creer apagada desde que murió el duque de Orleans, se despierta al tratarse de la conclusion y del armamento de las fortificaciones de Paris. Llegase hasta amenazar con no pagar el impuesto. La tempestad no se ha concluido pues, estaba no mas adormida.

En fin, en medio de las discusiones de M. Rattimenton y de M. de Famigny se preparó una embajada á la China.

He aquí el estado de la Francia.

El duque de Aumale ha reemplazado á su hermano en Argelia. El 16 de Mayo se apodera de la smalah de Ab-el-Kader.

Fuó esta una accion bellísima, que valdrá á la Francia un hermoso cuadro.

El 11 de Noviembre, un segundo jaque, mas temible que el primero, fué dado al emir; su lugar-teniente predilecto, el que le era mas adicto, el mas activo de sus amigos, Sidi Embarek, fue muerto.

Despues de estos dos acontecimientos, todas las tribus encerradas en las líneas del Tell, y la mayor parte de las tribus del desierto chico, se sometieron, y entonces se recorrieron sin dificultad nuestras posiciones de Argelia, de Alger á Dogar, de Constantino á Tlemcen.

Pero mientras que una colonia francesa se funda y consolida al Sud, una espantosa catástrofe acaba de arruinar la otra en el Occidente.

Queremos hablar del terremoto de Guadalupe.

Este terremoto duró dos minutos.

Durante ellos, la ciudad de Pointe-á-Pitre, desapareció, y de sus habitantes se contaban dos mil quinientos muertos y dos mil heridos.

La narracion de un testigo ocular, puede solo dar una idea de semejante catástrofe. Copiamos aquí la del señor abate Peyrol, cura del monte Carmelo, en Tierra-Baja.

“El 8 de Febrero, á las diez y tres cuartos de la mañana, mientras estábamos almorzando en casa del cura de la Pointe-á-Pitre, á quien habia yo ido á ver para descansar un poco de las numerosas fatigas de mi ministerio, oimos un ruido semejante al que harian muchos tambores redoblando, ó muchas carretas rodando al derredor de la casa. Era la accion subterránea de un terremoto. Uno de nosotros lo dijo; mas sin embargo, no quisimos creerlo. Fué aquella la primera sacudida: la segunda no se hizo esperar mucho tiempo, y agitó de tal manera las casas, que las de las tres cuartas partes de la ciudad vinieron abajo. La nuestra que era de madera y nuevamente levantada, se rajó en muchas partes, pero quedó en pié. El campanario se vino abajo, el altar de mármol, destruido, el tabernáculo rodó al suelo, el sagrado copon y la custodia se rompieron. Y entonces, ¡qué terrible espectáculo! Seres medio despedazados, viviendo aun, y arrojando los gritos mas fuertes que podian, pidiendo el golpe de gracia; millares de voces pidiendo misericordia; el polvo de las ruinas oscureciendo, impidiendo el que se reconociesen y ahogando nuestras voces: una ciudad poco antes tan encantadora, habitada por veinte mil almas, llena de elegancia y riqueza, cambiada en menos de dos minutos en un monton de ruinas, y la imágen de la muerte y la desesperacion haciéndose ver por todas partes.

“En un pestañear volamos en medio de estas escenas de desolacion, absolviendo á los moribundos, ayudando á extraer á los muertos, consolando y dando valor á los que habian perdido sus padres, sus madres, sus hijos, sus esposos. No, ¡jamás el labio humano será capaz de pintar semejantes cuadros! Y ¡creeis que es esto todo, amigo mio? No, nosotros estábamos reservados á males mas grandes, era menester que el furor del Todo-Poderoso derramase sobre nosotros toda su amargura,

“Estaba entonces un horno trabajando: con el temblor se desplomó, y el fuego que contenia comunicóse bien pronto á todo el maderámen de la casa, y he aquí que este fuego se apodera de todo lo que lo rodea. Yo salvé el tabernáculo de la capilla del hospital á la que habia entrado por medio de mas de veinte metros de ruinas que la rodeaban. Un capitán á quien yo conocia, quiso ofrecerme sus servicios; pero yo juntando ambas manos, le dije:—Capitán, he ahí el gran peligro con que va á consumirnos nuestra desgracia: corred al fuego con vuestra compañía, sacrificadlo todo, pero salvadnos de él. ¡Ay! ¡yo no decia mas que la verdad! El fuego, impelido por un viento Sud-Oeste, se apodera de todo el maderage que se ofrece á su actividad, y devora todo lo que el terremoto habia dejado de vestidos y provisiones en aquella desgraciada ciudad. En dos horas habia ya paseádose por todos los contornos de ésta, hecho nuevas víctimas, impedido el que se socorriesen á las primeras, y cambiado en un monton de cenizas aquellas tristes ruinas. Entonces ya retorciáanse los brazos de dolor, diré mejor, de desesperacion. Teníamos bombas, pero habian sido rotas por los edificios que las guardaban; y mientras que las olas del oceano bañaban nuestros piés, no teníamos ni un vaso para arrojarlas sobre aquellas llamas devoradoras.

“Entonces pensé en la situacion en que podia hallarse mi parroquia, situada á diez y ocho leguas de ahí y en la mis-

ma direccion que parecia haber tomado el azote de Dios. Hasta entonces no habia pensado mas que en socorrer á los infortunados que me rodeaban, esperando que mis feligreses, arruinados ya por el terremoto y huracán de 1825, serian perdonados de éstos; pero viendo á lo largo de la costa todos los edificios y todas las habitaciones por tierra, temí por ellos igual desgracia. Esta reflexion me consternó; me arrojé en la primera embarcacion, y recorrí la rada, suplicando á todos los capitanes de navío el que me llevasen á Tierra-Baja. Ellos no podian ó no se atrevian á hacerlo, cuando recogian los tráfugos que huian de la tierra para pedir un asilo á su bordo. En fin, encontré uno á quien habia yo ayudado á salvar de un naufragio que habia tenido en las costas de mi antigua parroquia. Me puse de rodillas, y le supliqué en nombre del servicio que le habia hecho, y en nombre de Dios, que me condujese á mi parroquia. Mi súplica hizo tanta impresion en su alma, que sin poder responderme me hizo entrar á bordo, levó ancla y partimos para Tierra-Baja.

“Jamás olvidaré con que dolorosa inquietud observaba al pasar la costa, si las casas estaban en pié, si mi parroquia subsistia aun. Eran las diez de la noche cuando llegamos. La ribera se cubrió de una gran multitud; habia yo pasado por muertó, se lloraba de gozo al verme, y me abrazaban. ¡Qué emocion! ¡mi pobre amigo! Corrí á casa del ordenador, donde encontré á la mujer del señor gobernador, quien habia ya marchado por tierra á Pointe-á-Pitre con el director de la administracion interior y el procurador general. Mandé dar noticias á las familias que habian perdido sus padres, y corrí á consolarlas. La noche, casi toda, se pasó así. Estaba todo trémulo de emocion y de dolor, y diré, casi tambien de gozo de volver á encontrar á mis feligreses sin desgracia. En la misa todo fué sollozos por los desastres de la Pointe-á-Pitre: yo les dije que los lloraríamos mas tarde, y que por entonces era necesario ir á socorrer á la pobla-

cion. Al instante se nos llevaron de todas las casas enormes bultos de efectos ya arreglados, y ciento sesenta y ocho francos en plata. Tuve cincuenta envoltorios llenos de vestidos, los que hice embarcar en una goleta del Estado, con raciones que el gobernador habia mandado, y una gran porcion de pan que el maire habia mandado hacer. Partí con todas estas provisiones: las remití á la administracion de la ciudad y añadí á ellas mil francos de mi bolsa. Corrí á las tiendas y á las barracas construidas por los infelices que quedaron vivos ó heridos, y los consolé y alivié todo lo mas que pude. Pero esto es largo, amigo mio, y el navío *Gomer* va á partir: escribid á mis parientes, y decidles que estoy sano y salvo, y mas dispuesto que nunca á consagrar toda mi vida al bien. Todo lo demas me es indiferente. La mayor parte de las iglesias están caidas: en toda la colonia han sufrido mucho las azucarerías. Hay mas de dos mil muertos y un número infinito de heridos. ¡Qué hará por nosotros la metrópoli?”

Este año opaco y sombrío que no tiene mas que dos relámpagos, el uno siniestro, el terremoto de Guadalupe, el otro glorioso, la toma de la smalah de Abd-el-Kader, se cerró para la Francia con la muerte de uno de sus mas ilustres hijos.

El 20 de Diciembre se conducia al cementerio del Padre Lachaise el cuerpo del autor de los *Mecenianos*, de la *Escuela de los ancianos* y de *Marino Faliero*, y Victor Hugo, como presidente de la Academia francesa, pronunció este discurso sobre su tumba.

El orador fúnebre, tres meses antes, habia perdido su misma hija ahogada con su marido en frente de Villequier.

“El que tiene el honor de presidir en este momento la Academia francesa, no puede, cualquiera que sea su situacion, estar ausente en semejante dia, ni mudo delante de semejante féretro.

“Él se arranca de un luto personal para entrar en un luto

general y hace callar por un instante el doloroso egoísmo de la propia desgracia, para asociarse á la pena de todos. Aceptemos ¡ay! con una obediencia grave y resignada, los misteriosos arcanos de la Providencia, que multiplica á nuestro derredor las madres y las viudas desconsoladas, que impone al dolor deberes para con el dolor, y que, en su impenetrable omnipotencia, puede consolar al hijo que ha perdido á su padre, por el padre que ha perdido á su hijo.

“Consolar, sí, esta es la palabra, que el niño que nos escucha, tome por supremo consuelo el recuerdo de lo que fué su padre. Que esa vida hermosa, tan llena de obras excelentes, aparezca hoy á su jóven alma con ese no sé qué de grandeza, de perfeccion y de venerabilidad que la muerte da á la vida. Día vendrá en que diremos en otro lugar todo lo que aquí pierden las letras: la Academia francesa honrará, por un público elogio, aquella alma elevada y serena, aquel corazón dulce y bueno, aquella alma concienzuda y aquel grande talento. Pero digámoslo desde ahora, y digámoslo siempre, pocos escritores han cumplido mejor su misión que Casimiro Delavigne; pocas existencias han sido tan bien empleadas, á pesar de los sufrimientos corporales y tan bien llenadas á pesar de la brevedad de los días. Dos veces poeta, dotado al mismo tiempo del poder lírico, conoció todo, todo lo obtuvo, todo lo experimentó, todo lo atravesó; la popularidad, los aplausos, las aclamaciones de la multitud, los triunfos teatrales, siempre tan brillantes, siempre tan contestes.

“Como todas las inteligencias superiores, tenía siempre la vista fija en un punto grave: había comprendido esta verdad, que el talento es un deber; comprendía profundamente, y con el sentimiento de su responsabilidad, la alta función que el pensamiento ejerce entre los hombres, que el poeta llena entre los espíritus. La fiebre popular vibraba en él, amaba al pueblo del cual era, y tenía todos los instintos de ese magnífico porvenir de trabajo y de concordia

que espera la humanidad. Jóven, su entusiasmo saludó esos reinos brillantes é ilusorios que engrandecen á las naciones por la guerra; ya hombre hecho, su adhesión se apegaba á esos gobiernos inteligentes y sabios que civilizan al mundo por la paz.

“Trabajó mucho, ¡qué hoy repose! que los rencores mezquinos que persiguen á una gran fama, que las divisiones propias de escuela, que los rumores de partido, que las pasiones y las ingraticudes literarias, entren en silencio al derredor del noble poeta que reposa. Injusticias, clamores, luchas, sufrimientos, todo lo que turba y agita la vida de los hombres eminentes, se desvanezca en la hora sagrada en que estamos. La muerte es el porvenir de la verdad: ante la muerte no queda del poeta mas que la gloria, del hombre, la alma, de este mundo, Dios.”

CAPÍTULO XXII.

LA sesión que debía oírse en 1844, se había vuelto á abrir el 27 de Diciembre de 1843, y como de costumbre, se había, por el discurso del rey, sondeado el process de la monarquía.

Como siempre, este discurso encerraba un cuadro que aseguraba la situación interior.